

contornos da gusto estudiar, llegamos al antiguo campo *Caudeta*. En la parte baja de este terreno, que está inmediata al Campo de Marte y al Tiber, mandó César cavar su *Naumáquia*. 1 Después de la conquista de España y de las Galias, quiso el dictador dar allí un espectáculo digno de él y del pueblo romano. En la inmensa fuente alimentada por las aguas del río, se vieron entrar un día cien navíos de dos, de tres y de cuatro remos. Divididos en dos flotas, ocupaban las dos extremidades del lago y tenían delante de sí un vasto campo de batalla; un lado llevaba el nombre de ejército de Tiro, el otro el de ejército de Egipto; 2 diez y nueve mil hombres montaban aquellos buques. Según Tácito, todos aquellos combatientes eran malhechores. 3 Mas ¿á dónde había ido á buscar Roma diez y nueve mil malhechores? ¡Ah! la historia nos lo enseña demasiado; los esclavos, los gladiadores, los prisioneros de guerra, tales eran los malhechores á quienes Roma por placer obligaba á degollarse.

Por temor de que los *naumaquiarios*, animados por su número y sabiendo por otra parte la suerte que les esperaba, no fueran á rebelarse, estaba rodeado el lago con tropas prontas á rechazarlos con las armas en la mano. Llega en fin César; se le reconoce desde lejos por la corona de laureles que nunca deja despejada su frente, por el vestido triunfal que tiene el privilegio de llevar en todos los juegos públicos y por el conjunto de su porte en el cual reina la más elegante compostura y la más refinada molición. 4 Rodeado de un

1 Según Festus, el campo *Caudeta* se encontraba más allá del Tiber; *Caudeta ager*, in quo frutices existunt in modum caudarum equinarum.—*Caudeta appellatur ager trans Tiberim, quod in eo virgulta nascuntur ad caudarum equinarum similitudinem. V. Caud.*

2 Suet., *Cæs.*, 39.

3 *Annal.*, lib. XII, 56.

4 Suet., *Cæs.*, 45, *Dio.*, lib. XLIII.

cortejo de jóvenes oficiales y precedido de lictores que llevan consigo laureles, avanza hácia el sillón de oro que le está preparado, cuando oye á sus soldados murmurar altamente contra él á causa del descontento que les produjo la magnificencia desplegada en las fiestas precedentes y en la presente. ¿A qué vienen todos estos gastos, dicen ellos, no hubiera sido mejor que hubieran repartido ese dinero entre nosotros? El afeminado dictador arroja una mirada como un rayo sobre los temerarios que parecen desafiarle, y luego lanzándose en medio de ellos con toda la impetuosidad de la cólera, ase á uno con su propia mano y le entrega al suplicio. Este rasgo de vigor, y yo diría de despotismo musulmán, restablece el orden y César vuelve, con una lentitud afectada, á tomar lugar en el trono que le estaba reservado. 1

Las dos flotas desfilan delante de él. *César, los que van á morir te saludan*, exclaman, según costumbre, los *naumaquiarios* al pasar á los pies del dictador. Aunque pronunciadas estas palabras hace diez y nueve siglos, no obstante el lugar en donde estábamos parecía repetir las todavía y nos llenaban de un horrible calofrío hasta las profundidades de nuestra alma. Entre tanto, se forman los navíos; cincuenta de un lado y cincuenta del otro. Se da la señal, arrojan los combatientes un grito unánime, comienzan las maniobras, los remos se levantan y vuelven á caer cadenciosamente; el aire resuena, los navíos vacilan sobre las aguas y el combate se compromete desde lejos. Las piedras, el plomo, las teas incendiarias con telas inflamadas, empapadas en aceite, betún y azufre; las flechas, las jabalinas, vuelan por todas partes, lanzadas por máquinas guerreras ó por los nervudos brazos

1 *Dic.*, lib. 43.

de los combatientes, y llenan el aire de largas líneas inflamadas y de humo.

A pocos momentos se acercan las naves irritadas; las dos flotas se tocan con un violento choque que hace estremecer y retroceder á las olas. Los temibles espolones de bronce de que está armada cada proa, se hunden en los flancos de los navíos y vuelven á salir para hundirse de nuevo. Muy pronto se hunden en el agua las galeras; algunos desgraciados intentan salvarse á nado, pero son rechazados en la orilla por los desapiadados guardias que allí están. La flota egipcia, llevada con ménos habilidad que la flota tiria, está acosada en las orillas de la *Naumáquia*. Bloqueada como está, trata de restablecer la igualdad del combate intentando el abordaje. La matanza llega á ser horrible; torrentes de sangre inundan los puentes; las aguas están enrojecidas, los navíos desaparecen tragados por las olas, y solo flotan en la superficie del agua los despojos mutilados de diez y nueve mil hombres. César, que durante el espectáculo no ha cesado de leer cartas, 1 se levanta repentinamente, y con un aire tan distraído como indiferente, manda perdonar á los que quedan. 2

El pueblo que había acogido la llegada del dictador con aplausos universales, se alejó murmurando, porque decía él que César, en todos los juegos públicos, afectaba ocuparse más bien de otra cosa que del espectáculo. Este rasgo, digno de Tácito, 3 pinta mejor que un libro á la vieja Roma.

Nos faltaba visitar algunos rincones del Campo de Flora y del Campo de Marte, pero era ya demasiado tarde para emprender una nueva excursión. Volvimos á ca

1 Suet., *Aug.*, 45.

2 Tacit., *Annal.*, XII, 56.

3 *Id.*, *id.*; Roma en el siglo de Augusto, t. VI, p. 95.

sa á las cinco, y nos ocupábamos de redactar las notas del día, cuando la buena *Maddalena* toca á la puerta y me dice: *Ecco un signore che vuol parlargli*: "Aquí está un señor que quiere hablaros." Entro luego á la pieza inmediata y veo á M. N.... "Me veis muy tarde, dijo, pero no he podido venir más temprano. Esta mañana pedí audiencia para vos al Santo Padre, y esta misma tarde recibí la respuesta de que será mañana á las nueve y media." ¡Yo ver mañana al Santo Padre! No pude decir más y me pasó una especie de estremecimiento de los pies á la cabeza. Convenimos en que al día siguiente á las nueve estaría yo en coche en la plaza Columna. M. N.... salió y yo me apresuré á escribir las gracias que iba yo á pedir.

12 DE ENERO.

Audiencia papal.—Impresiones.—Acogida del Santo Padre.—Reinado pontifical.—Gabinete particular del Papa.—Retrato de Su Santidad Gregorio XVI.—Ceremonia de besar los p

Un buen tiempo influye algo en nuestras fiestas, un brillante sol, una temperatura moderada, un cielo sin nubes, convidan á la alegría y completan las dulces impresiones de un corazón contento. Así, dí gracias á Dios, cuando llegué á la plaza Columna y ví al sol brillar con todo su esplendor bajo un cielo azul, sin que hubiera un solo vapor que opacara su brillo. Entre el risueño espectáculo de la naturaleza y mi alma, había armonía. A las nueve en punto rodaba el coche hácia el Vaticano. Yo estaba con el gran traje de sacerdote frances; con una mano llevaba recogido mi ancho manteo de ceremonia, y con la otra llevaba la caja que contenía mis rosarios y mis favores. Al llegar al puente de Sant-Angelo, me latía el cora-

zon fuertemente. «A la verdad, dije á M. N. yo no sé que continente debo guardar delante del Santo Padre; estoy de tal modo conmovido, que desde ahora respondo de que he de hacer alguna torpeza.» Se me tranquilizó, pero era ya tarde; el carruaje se detenía al pié de la escalera real. Subimos despacio aquellos soberbios escalones que han subido tantos millares de príncipes de la Iglesia y de las naciones, tantos obispos, tantos misioneros peregrinos del mundo y de los siglos! Yo iba como ellos, á prosternarme á los piés del pontífice inmortal. Dentro de un momento iba á ver al representante visible de la Divinidad, iba á oír su voz, á recibir la bendición de su mano, yo, oscuro cordero de su inmenso rebaño! ¿De dónde me viene tanta dicha?... ¿Qué no pueda yo dividirla con todos mis amigos de Francia! Voy á ofrecer este homenaje de respeto y de amor filial al sucesor de Pedro el Calileo, en este mismo palacio edificado sobre el de Nerón, en los mismos lugares en donde los cristianos sirvieron de hachones vivientes para los juegos de César, en donde fué crucificado el primero de los papas, en donde Pío VI, que siguiendo las predicciones de la impiedad, debía ser el último, fué arrebatado y conducido como un malhechor. ¡Y bien! ¡Sí, Iglesia católica, yunque divino formado por Cristo, vos habéis gastado todos los martillos; los Nerones antiguos y los Nerones modernos han pasado, y el papa permanece!

Ya estábamos en la primera antecámara. Por sus pinturas al fresco y sus pilastras de mármol, anuncia esta inmensa pieza, que la morada del papado es también el palacio de las artes. Allí estaban algunos ordenanzas de la guardia suiza con tres *sidiarü* de traje completamente rojo. Delante de nosotros se abrieron sucesivamente una segunda, una tercera, una cuarta pieza, semejantes á la primera en el perso-

nal y en la decoracion. A medida que se avanza, la decoracion se hace más y más magnífica. Paredes adornadas de cortinas de damasco rojo, cuadros escogidos, cristos de marfil de dimensiones sorprendentes; bóvedas brillantes de pinturas y dorados; estrados cubiertos con ricos tapices; tal es el conjunto de cada salon.

En el penúltimo encontramos á los prelados domésticos del Santo Padre con traje violenta; un guarda-noble de gran uniforme, hacia la guardia en la puerta que comunica con la antecámara siguiente: bien pronto vino un camarero á tomar mi provision de rosarios, los que deposita en un platillo para presentarlos á la bendición pontifical. Apénas ha desaparecido, cuando se oye una campanilla; el momento de mi audiencia ha llegado. Atravieso la última antecámara ocupada por el mayordomo y por algunos prelados; héme aquí en el umbral del gabinete particular del Santo Padre. Se abre una puerta y comienzo las tres genuflexiones de costumbre. No habia acabado la primera, cuando el Santo Padre se levanta de su sillón y llamándome por mi nombre me abre sus brazos. . . . Me prosterno de nuevo para besar la sandalia, pero el excelente Papa me levanta, y por un favor que me deja confundido, me da á abrazar su mano. Puse sobre su mesa un ejemplar de algunos de mis *pecados literarios*. «Ya los conozco,» me dijo el Papa. Luego, abrió el primer tomo del *Catecismo*, y leyó en voz alta la primera y la segunda página, diciendo: *Si, sí, questo è vero, questo à ben vero*. «Si, sí, esto es cierto, esto es muy cierto.»

Con una bondad enteramente paternal, se dignó darme las gracias de lo que habia escrito, animó mis esfuerzos para el porvenir, volvió á poner el tomo sobre su mesa; y tomándome la mano se puso á conversar conmigo, como un padre con su hijo. . . .

tanta así era la sencillez, la familiaridad, el amable abandono de sus benévolas palabras. La conversacion se prolongó largo tiempo; con un tacto exquisito, Su Santidad tuvo cuidado de hacerla rodar sobre todo aquello que podia interesarme como sacerdote y como frances. Hacia yo mal en estar turbado; y al cometer esta falta me la reprochaba; mas á poco fui castigado por ella. A una de las preguntas del Santo Padre respondí: *Si, señor!* y se me encendió el rostro; el augusto anciano se sonrió dulcemente, y luego estrechándome la mano con más afecto, me preguntó cuánto tiempo estaria yo en Roma: «Santisimo Padre, pienso estar hasta la Pascua. Bien, y vendreis á verme otra vez, ¿no es eso?» Este nuevo testimonio de bondad puso el colmo á mi reconocimiento y me dió valor para pedir mis gracias. En la sala de espera se me habia dicho que no solicitara ciertas indulgencias, porque no las conseguiria; pero viendo tan bueno al Santo Padre me atreví á pedir las. Con una sonrisa que queria decir: No pecais de corto, hizo el Papa un movimiento de cabeza y me las concedió. En cuanto á la lista de las otras gracias para mí y para mis amigos, la tomó en sus manos, la leyó toda entera, y dijo: *Si, sí, todo esto: Si, sí, tutto questo;* y la firmó con su mano.

La audiencia se habia prolongado más del tiempo ordinario; un camarero abrió la puerta, me bendijo de nuevo el vicario de Jesucristo, y despues de haber tomado mis manos en las suyas, instándome y comprometiéndome á volver, se dirigió hácia su sillón, y salió. Tal es, en compendio, la acogida que recibí de Gregorio XVI; muchos otros pueden decir otro tanto. La relacion de tantos favores inmerecidos debia quedar sepultada en un silencio eterno; así lo exigia el amor propio; pero en nuestra época de denigracion y de independencia, es un deber imperioso para el peregrino

no de Roma, dar á conocer la dignidad real pontifical, en su doble carácter de majestad divina y de bondad paternal. La sola vista del Vaticano, aquellos salones grandiosos en donde brilla el lujo de las bellas artes, aquellos guardias que los ocupan, aquellos apuestos oficiales, todo anuncia al viajero la majestad de los reyes, y, aunque no se quiera, un sentimiento de temor se apodera de su alma. Si al llegar al fondo del palacio, se encontrara en presencia de un monarca sentado en un trono, rodeado de magnificencia; si no se recogiera de su boca mas que algunas raras palabras dictadas por la etiqueta y arreg'adas por la política, se estaria bajo la única impresion del respeto y del temor; al salir se estaria orgulloso, pero no satisfecho; el corazon no habria tenido en ello su parte. Tal es la audiencia de los reyes del siglo; tal es el sentimiento dominador que ella inspira. No os admireis de esto; son señores y no padres; ellos lo saben y vosotros lo sabeis como ellos.

Muy diferente es el rey del Vaticano. A la impresion de temor y de respeto producida por el imponente aparato de la majestad soberana, se mezcla en su presencia el delicioso sentimiento de la confianza y del amor. Todos aquellos magníficos salones concurren á una modesta pieza en la cual se encuentra, no un monarca en el sentido degenerado de la palabra, sino un padre que os acoge con complacencia, que os recibe en sus brazos, que os acaricia como á un hijo querido, que baja hácia voz, para elevaros hasta él, que se identifica con vos á fin de poner su corazon unisono con el vuestro; que os habla como si siempre os hubiera conocido y cuyos labios solo se abren para sonreír y sus manos para bendeciros. En este doble carácter de fuerza y de dulzura, de autoridad y de amor, de majestad y de sencillez, se revela el tipo del poder divino; un sentimiento descono-

cido mezcla indefinible de respeto, de confianza, de amor y de desinterés, domina á todos los demás, la impresión es deliciosa, porque el espíritu, el corazón, todas las facultades quedan satisfechas. Así, padre y rey, y rey porque es padre, hé ahí á Gregorio XVI, hé ahí al papa. Tal es el reino del Vaticano, tal fué el del Calvario.

El gabinete en que recibí mi audiencia es una pieza oblonga, bastante estrecha y sencillamente amueblada; á un lado estaba una mesa de escribir. Papeles, algunos libros, un modesto tintero y un hermoso crucifijo de marfil, con una pequeña estatua de la Virgen, formaban todo su adorno. En un estrado de cerea de seis pulgadas de altura se levantaba un simple sillón de escritorio, y no había otro asiento. El Santo Padre traía una sotana de lana belluda blanca, sin cintura, según la costumbre de Italia; medias blancas, un solideo blanco con pelerina del mismo color, tan larga como un capelo ordinario, completaban su traje. Solo las sandalias eran rojas, y estaban adornadas con una cruz de oro. Gregorio XVI es de una estatura elevada, sus cabellos son blancos como la nieve. Tiene la tez fresca, más bien pálida que colorada, la voz dulce y fuerte, los ojos grandes y negros, adornados con anchas cejas muy arqueadas. Su andar es firme y su cuerpo derecho, á pesar de sus setenta y seis años. Sus facultades morales han conservado todo su vigor; su memoria, sobre todo, es admirable. Agregad á todas estas ventajas la dignidad y la sencillez de las maneras con no sé qué de espiritual bondad, y tendreis el retrato hecho en verdad sin lisonja, del augusto y venerable anciano.

Entre las ceremonias usadas en las audiencias papales, hay una cuyo origen no es inútil explicar, atendiendo á que expresa á su modo la naturaleza de la dignidad real cristiana que acaba de ocuparnos;

quiero hablar de la genuflexion y del acto de besar los pies á Su Santidad. Los pueblos antiguos atestiguaban su respeto hácia la majestad soberana, ya doblando la rodilla, ya prosternando la frente en el polvo: De aquí vienen aquellas expresiones tan frecuentes en los autores contemporáneos: *genuflexus ante eum, provolutus ad pedes*, "arrodillado ante él, arrojado á los pies." Todavía hoy los orientales se inclinan hasta la tierra cuando comparecen ante sus señores. Esta costumbre la ha conservado el cristianismo, y el católico rinde con amor y dignidad al Vicario de Jesucristo, el homenaje que el temor ó la adulacion arrancaba á los pueblos encorvados bajo el yugo del despotismo. Pero los primeros soberanos Pontífices, no queriendo que se fuera á creer que ellos lo exigían para su persona, pusieron la cruz en su calzado, á fin de que el fiel al prosternarse ante él besara aquel signo adorable. En la iglesia de *San Martín de los Montes* vimos la cruz en una sandalia del papa San Martín I, martirizado á mediados del siglo VII. El mismo signo se encuentra en el retrato de mosaico de Honorio I, en Santa Inés extra-muros, y en el de San Cornelio, igualmente de mosaico, en la iglesia de Santa María *in Trastevere*. A este primer signo de humildad han agregado los soberanos pontífices desde San Gregorio Magno, el título de *Servo de los Siervos de Dios: Servus, servorum Dei*. Hé aquí el Evangelio, programa y divisa de la dignidad real cristiana. Estas tres palabras, grabadas en el corazón de los monarcas, serían la garantía de su trono, y la felicidad de sus pueblos. Si no sucede así, no hay que imputarlo á la Iglesia romana, la cual en sus menores costumbres, así como en sus más solemnes enseñanzas, se da á conocer como la más grande escuela de respeto y como la más grande escuela de abnegacion; esta conducta, que

es un deber, encierra la solución de todos los problemas sociales.

13 DE ENERO.

Visita al P. Moutone.—Detalles sobre San Alfonso: su canonización.—Carta del Santo.—¿Es su teología una teología local, nueva; peligrosa, de contrabando?—Picante conversacion del buen Padre.—Visita á San Luis de los Franceses.

Hacia largo tiempo que se me había prometido una visita que yo deseaba mucho. Como á las diez vino por mí un excelente amigo y me condujo á casa de los religiosos del *Santísimo Redentor*; el padre José Moutone, superior de la casa, era el objeto de una viva curiosidad. Este venerable anciano, recibió el hábito de religioso de manos de San Alfonso de Ligorio, con quien vivió cuatro años. Le hallamos en su pequeña celda, ocupado en ordenar algunos opúsculos inéditos del Francisco de Sales de la Italia. A las preguntas que yo le dirigí sobre la vida íntima del santo obispo, me respondió él. A pesar de sus continuos sufrimientos, nuestro padre estaba de lo más alegre y amable. Durante la recreacion no dejaba de tocar el piano, ó el clavicordio, para divertir á la comunidad; él era el alma de la conversacion. Contando desde el día en que fué nombrado obispo, no quiso tocar ya aquellos instrumentos.—Padre mio, le decían sus hijos, ¿por qué no tocáis ya?—*Ma che, ma che direbbe la povera gente? «Qué diría el pobre pueblo?»* no dejaría de decir: Mientras que nosotros estamos en la miseria y el trabajo, Monseñor se divierte. Para evitar esta especie de escándalo, no volvió á tocar su clave, hasta despues de haber dado su dimision.

El padre José, digno hijo de San Alfonso, es también un amabilísimo anciano.

Se provocó una larga conversacion sobre la teología moral del santo obispo y sobre las contradicciones que había encontrado. "Ah! me dijo, esas contradicciones no datan de hoy, yo sé de ellas alguna cosa. Como postulante en el proceso de la canonización de nuestro padre, tuve que sostener rudos combates. Un día, entre otros, el promotor de la fe, á quien llamamos vulgarmente *el abogado del diablo*, creyó haberme vencido, objetándome que San Alfonso había carecido de *prudencia*, supuesto que había sostenido el probabilismo, obrando así contra la opinion de un gran número de teólogos. Y esto es tan cierto, añadía él, que se asegura que Alfonso de Ligorio se retractó de ello ántes de morir."

A estas palabras, el buen anciano, quitándose el bonete, me decía con un aire maligno: "Yo le dejé seguir sin interrumpirle y me creyerón indefenso y vencido. Cuando hubo acabado, leí mi respuesta á la objecion de imprudencia, y la sagrada Congregacion la halló victoriosa, y el promotor abandonó este cargo; pero quedaba la repetida retractacion del santo; aquí esperaba yo al abogado del diablo." Saco de mi legajo una carta que, héla aquí, escrita por el santo poco tiempo ántes de comparecer delante de Dios." Abriendo entónces el cajon de su mesa, me la leyó; es de tal modo decisiva, que perdónese me que la refiera.

"El padre Patuzzi me insinúa muchas veces en su libro que debo retractarme; pero deja entender, que yo quería mejor exponer la salud de mi alma que consentir en ello. Yo le doy gracias por la buena opinion que tiene de mí. Según eso, yo he dejado el mundo, me he privado de mi libertad entrando en una congregacion en la cual he hecho votos de perfecta pobreza y de perseverancia; en una palabra, me he